LA RAPSODIA DEL CANGREJO

LA RAPSODIA DEL CANGREJO

Andres Laszlo Sr.

Copyright © 2020 Andres Laszlo Jr.

CAPITULO 1

Alrededor de las seis de la tarde llegué a París, descendiendo en la Gare de l'Est.

El viaje de treinta y seis horas, sentado en un banquillo de tercera clase, me dejó derrengado. Mientras me dirigía a la salida, arrastrando mis ligeras maletas, las piernas me flaquearon varias veces. En mis poros habíanse mezclado moléculas del hollín producido por carbones húngaros, alemanes y franceses; tuve la impresión de que mi estómago era un acumulador lleno de ácido sulfúrico, y que mis dientes se habían oxidado.

Según las más autorizadas reglas de la buena educación, saludé a la primera locomotora francesa, expuesta en aquella estación. Por motivos que no he logrado discernir, el viejo artefacto, según mi modo de ver las cosas, hacía en París las veces de la estatua de la Libertad en Nueva York.

—Ya he llegado, Alexei — dije a mi vieja amiga la locomotora, notando que, con la sequedad producida por el largo viaje, se habían pegado mis labios, los cuales, al pronunciar la primera palabra, se despegaron con el chasquido que unos dedos cansados producen al abrir una carta.

Huelga decir que la locomotora no se llamaba Alexei y que tampoco tenía nombre alguno. En sus costillas ostentaba solamente unos números misteriosos, así como una placa de cobre en la que quedaba indicado que tratábase de la antepasada de los ferrocarriles gabachos y que, directamente de la Exposición Universal, y a mayor gloria de la industria siderúrgica francesa, había pasado a su actual emplazamiento.

En aquel preciso instante no atinaba a descubrir la más mínima relación entre aquel artefacto y el nombre que, *motu proprio,* acababa de darle, ya

que me recordaba mejor a una vieja y jubilada amazona que a cualquier gran duque caucasiano.

Naturalmente, sin la menor amabilidad, la locomotora no correspondió a mi saludo. Cambié de mano las maletas y, después de un nuevo tropezón juvenil, me dirigí hacia la salida.

Era el día primero de septiembre del año del Señor, 1938. Resplandecía tibiamente el sol, las gentes hablaban brillantemente el francés, y yo me resistía con firme decisión a la insistencia de los tatástas. En el tren, entre Nancy y París, había venido ya preparándome a tan tenaz resistencia. Según el trato que yo había hecho conmigo mismo, me alojaría allí, junto a la estación, en pleno barrio de transportistas y comerciantes. Sabía a ciencia cierta que si no me refugiaba inmediatamente en el «Hotel Liberty», que se hallaba a unos centenares de metros, no tendría más remedio que tomar un taxi, por lo menos hasta Montparnasse, ligereza imperdonable cuyas dramáticas consecuencias sería fácil prever y calcular.

Montparnasse hubiera significado asimismo el Barrio Latino, el máximo triángulo de los cafés «Dome», «Coupole» y «Rotonde», celebérrimos cuarteles generales de los artistas, donde, mediante el intercambio de la consumición de un solo café, tiene uno el derecho de conversar ininterrumpidamente, durante veintitrés horas seguidas, discutiendo sobre Matisse y Freud, incluso olvidando con suma facilidad el poco francés que a uno se le ha pegado en el Instituto, puesto que aquellos rarísimos ejemplares de indígenas, que sólo se verían allí por casualidad, acompañan, por lo general, a extranjeros y se expresan solamente en inglés. En esta ocasión era necesario evitar todos estos peligros.

Entretanto, llegué al hotel al que ya conocía desde hacía años. Todavía el propietario se acordaba de mí; sabía incluso mi apellido, lo que, hasta cierto punto, me conmovió. —¿De dónde viene usted, *Monsieur*?

—De Hungría.

—¿Qué tal el viaje?

Como única respuesta, le tendí las manos que habían adquirido un precioso color gris azulado, y procuré sonreírle.

—No importa — me contestó tratando de consolarme —. Tenemos cuarto de baño, Hace ya dos años que quedó en condiciones; ya lo verá. Mientras llena usted el tríptico, se habrá calentado el agua.

Mi cuarto era demasiado pequeño y la cama demasiado grande. El papel de las paredes, que ya habría cumplido el siglo, era una orgía de gruesas rayas moradas, sembrado de enormes rosas sensuales y extraños palomos que, nadie sabía por qué, tenían el plumaje verde. ¡Combinación de exquisito buen gusto!

Inmediatamente, antes de que fuera demasiado tarde, ordené que retiraran con toda rapidez los obligados recipientes de porcelana y, sin quitarme siquiera el abrigo, me acosté en la cama, y lo mismo que un novio durante el viaje de bodas, impaciente pero discreto, intenté quitarme los zapatos sin soltar los cordones.

Mis manos temblaban a consecuencia del cansancio y, a causa de aquellos pocos kilos de peso que no estaban acostumbradas a llevar, me habían salido en las palmas unas ampollas muy dolorosas

Debajo de mi ventana, una serrería armaba un ruido de mil diablos. Hasta mí llegaba el chapoteo del agua caliente en el cuarto de baño vecino.

«¿Dónde — me pregunté — habrán metido las tartas de mermelada de fabricación casera que se conservaban antes en el cuarto de baño?»

CAPITULO 2

El baño caliente me restableció pronto, y una hora más tarde me encontraba ya merendando en la terraza del cercano café «Tout va bien», en la bucólica esquina de los bulevares Sebastopol y *Saint-Denis.* Había llevado conmigo papel y lápiz para confeccionar un programa, estableciendo hasta por escrito el trato que había cerrado conmigo mismo, ya que conozco hasta la saciedad mi buena fe en la palabra escrita, aun cuando se trate de la mía propia. Había decidido fijar este «contrato privado», clavándolo con chinchetas en la mesilla de noche para tenerlo a la vista todas las mañanas cuando despertase.

Al llegar a este punto había ya apurado mi taza de café y, ante todo, establecido el balance de mi fortuna.

Poseía una moderna máquina «Contax», aparato fotográfico que podría valerme unos cinco mil francos: y esto significaba la parte fundamental de mi capital. Tenía, además, una botella de generoso vino de Tokay, varios kilos de *salami* húngaro de la marca «Herz», dos pares de zapatos, media docena de camisas, un traje de deporte, color gris, y un viejo frac. Además, tenía también quinientos francos en billetes de Banco, exportados con la autorización especial del Centro de Contratación de Monedas, de Hungría.

Realmente, no era mucho. Cuanto poseía no podía ser considerado como un capital de cierta importancia ni aun en el caso en que mi viaje a París hubiese obedecido a la intención de cursar estudios o hacer turismo durante unas pocas semanas, lo mismo que había hecho en años anteriores. Pero resultaba verdaderamente difícil empezar una nueva vida con tan menguadas reservas.

Un altavoz colgado cerca de mi cabeza, en la terraza, balanceándose en el viento, me orientaba acerca de los resultados de las carreras de caballos de aquel día. Hacia la última parte de mis meditaciones comenzó a transmitir un programa musical, de modo que los firmes acordes de la canción popular titulada *Dubo-Dubon-Dubonet* llegaron muy a propósito para reanimar un poco mi vacilante confianza en mí mismo.

«Bien. Lo mismo da. Hay que intentarlo...»

Evoqué más tarde en mi memoria primero unos ejemplos clásicos del triunfo final de la voluntad, y luego otros, que también lo fueron y habían sido galardonados con el «Premio Goncourt». Y, mientras, la calzada del bulevar brillaba ante mis ojos con un matiz de cálido gris como un collar de perlas auténticas heredado por varias generaciones subsiguientes.

«Sí, en efecto. Voy a vivir y a trabajar sea como sea. ¿Cómo no encontrar algo que me convenga en una capital tan grande?»

En aquellos momentos me sentía ya mareado: era de esperar como consecuencia lógica de dos noches seguidas pasadas en vela. Respiré profundamente un rato y así conseguí un cierto aplomo. Minutos después, aun cuando mi cara había adquirido un color de ciénaga, estaba ya roncando en uno de los más amplios lechos del viejo, pero honrado, «Hotel Liberty», en la rué de Nancy.

CAPITULO 3

Debí descansar solamente unas tres horas. Eran las once de la noche cuando me despertaron las sonoras protestas de mi estómago vacío.

Me hallaba tendido casi en diagonal en la cama; tenía los calcetines puestos y en mi corbata había preciosas arrugas.

Una por una me quité aquellas prendas, y gracias a una hábil maniobra, me coloqué de nuevo en el lecho adoptando la posición correcta y apretando una de las almohadas contra mi sonoro estómago. Así, con renovado esfuerzo, me puse otra vez en camino hacia las agradables regiones del sueño.

«No quiero comer nada hasta las ocho de la mañana», me dije fallando mi pleito contra mi estómago.

Y poco después, sumamente aliviado, pude notar que mi habitación empezaba a sumergirse en un recuerdo de mañana.

Casi había logrado dormirme, lo que, de haber sido así, hubiera significado a la mañana siguiente mi recaída en una nueva vida hondamente burguesa, cuando aconteció algo inesperado.

¡Acudió a mi memoria el recuerdo del *salami*. Aquel *salami* que, en hermosas barritas envueltas en papel de estaño, se hallaba descansando en el fondo del armario de mi cuarto, constituyendo la parte principal de mis reservas, lo mismo que los lingotes de oro en los sótanos del Banco de Francia.

De nuevo surgió el cuarto en torno mío; la almohada volvió a ocupar un lugar debajo de mi cabeza y el hambre celebró su solemne reingreso en mi estómago.

¡El *salami* estaba en peligro! De esto no cabía la menor duda. Agravaba aún la situación la circunstancia de que la barra más pequeña pesase cuando menos un kilo; una vez empezada ya no podía vendérmelo. En cambio, del precio que pensaba obtener por kilo podría vivir, aunque modestamente, una semana.

«¿Qué debo hacer, entonces?»

Me acosté de bruces sobre el lecho, abandonando los desventurados últimos restos de mi sueño, impotente ante las victoriosas huestes de mi estómago, tan liviano como impertinente, que estaba preparando ya un nuevo ataque a base de una gran Variedad de acideces con vistas a la digestión de los pedacitos de carne con especias, ahumados y salados convenientemente, que constituyen el salami húngaro.

«Tampoco tendría pan para acompañarlo», decía la cristalina voz de mi sentido de responsabilidad comentando los acontecimientos, mientras en los ruidos que llegaban hasta mí procedentes del cuarto de al lado, me daba cuenta de que mi vecino estaba limpiándose los zapatos y, al mismo tiempo, haciendo gárgaras.

«Incluso me estropearía el estómago. ¡Estoy seguro!»

Este último argumento demostró ser más contundente, pues conseguí recuperar mi posición inicial; cerré los ojos y me imaginé atado a una mesa de operaciones. Vi inclinado sobre mí el rostro enmascarado de blanco de un cirujano que sostenía en la mano un bisturí y me miraba con una expresión de discreto menosprecio en sus ojos fríos, pero bondadosos.

—*Salami,* ¿verdad?

Asentí con la cabeza.

—¿Sin pan? — me sentí avergonzado —. ¡Es increíble! — exclamó el cirujano con seco tono de voz, aunque sus ojos me daban ánimos —. Lo intentaremos — murmuró tras su blanca máscara de gasa, y luego, dirigiéndose a sus ayudantes, dijo —: El cloroformo, enfermera.

Con formidable estrépito fue lanzado en un rincón de la habitación vecina un par de zapatos recién limpios, y las alegres gárgaras fueron seguidas por animadas y brillantes canciones militares, cuya letra reducíase a unos sonoros ram-pam-pam.

Se me ocurrió entonces pensar en el Tokay.

«Con vino no podría hacer daño el *salami.*»

¡Sólo me había faltado esto!

Salté de la cama y comencé a vestirme de nuevo con febril premura. Al hacerme el nudo de la corbata, ya estaba tomada mi decisión.

Me metería en el primer bistró que encontrara y comería algo. Si al día siguiente por la mañana no había conseguido vender el salami y el vino, lo depositaría todo, costara lo que costara, en la cámara acorazada de un Banco.

CAPITULO 4

Soplaba una agradable brisa de otoño. Me abroché el abrigo y por el bulevar de Sebastopol me dirigí hacia el Sena.

De este modo había logrado vencer la tentación, lo cual no era un resultado despreciable.

Entretanto, llegué al mercado de Les Halles, donde, como recordaba perfectamente, se hallan en venta los emparedados más sabrosos y al mismo tiempo más baratos del mundo. Salchichas calientes y patatas fritas entre dos pedazos de pan, al precio irrisorio de solamente dos francos cincuenta.

A la hora del alba, la primitiva misión de aquellos emparedados era la de reponer las fuerzas de los mozos de los camiones y de los vendedores del mercado. Luego, andando el tiempo, los extranjeros que pueblan el Boul' Mich y Montparnasse, viendo en estos emparedados la mejor posibilidad de una cena económica, se habían acostumbrado tanto a ellos que pude contar hasta una docena de puestos de venta en el corto espacio que separa Les Halles de la esquina del cercano bulevar.

Con el mayor cuidado deslicé en mi bolsillo el paquetito que volvíase grasiento a ojos vista, y continué el camino hacia el río.

El bulevar estaba ya completamente desierto. En este silencio, el ruido de la puerta mecánica de un *bistró*, que bajaban en aquel momento, semejó el tableteo de una ametralladora. Un cansado autobús pasó ante mí en dirección a la Gare du Nord.

Saqué del bolsillo el emparedado de forma alargada y empecé a masticarlo, a medida que caminaba. Caía la lluvia silenciosamente y al cabo de los primeros bocados comenzó a extenderse por mi estómago y mi corazón un agradable bienestar.

¡Por fin había llegado a casa! Si se me antoja, puedo comer en medio de la calle sin que nadie me dirija una mirada despectiva. Tampoco me molesta el viento, aun cuando podría soplar si ese fuera su gusto. Nadie me pide la documentación en la calle, pues hasta los agentes de policía están durmiendo ya el sueño de los justos. Están descansando como Dios manda, para volver a empezar, mañana por la mañana, a reglamentar el tráfico en las innumerables esquinas.

Esto es París.

Es la capital del mundo y de la libertad; es mi ciudad, la ciudad de las ciudades. Es todo un continente sobre el cual hasta se detiene la historia, donde las farmacias parecen joyerías del siglo pasado, los transeúntes se ven protegidos por enormes clavos de acero en los cruces de las calles; no es obligatorio el uso del bombín, y, literalmente, podía palparse la libertad individual, como si fuera un objeto que pudiera agarrarse al vuelo.

Es, efectivamente, algo que es posible alcanzar. No es nada simbólico, sino una realidad tangible.

«En cuanto llegue al hotel anotaré mis ideas sobre París.»

De todos modos, era ya un síntoma agradable que en la misma noche de mi llegada había podido demostrar no sólo el magnífico estado de mi continencia, sino tener ideas.

—«Sí — decidí —; voy a anotar estos pensamientos en mi libreta de apuntes, junto a las "asociaciones gráficas".»

La lluvia se hacía más intensa y el emparedado fue reduciéndose de tamaño, y a medida que yo procuraba evocar en mi memoria los acordes de la obertura de *El caballero de la Rosa,* me detuve en la parada de autobuses nocturnos de la plaza del Chatelet.

A pesar de todo, no estaba dispuesto a estropear mi gabán y mi salud por ahorrarme un franco veinticinco.

CAPITULO 5

El martillo de bronce de Notre Dame dio el tañido de la medianoche.

Llovía ahora a cántaros y me vi obligado a refugiarme en la cabina de espera, que creía solitaria. El diminuto local estaba sumido en las tinieblas y por este motivo, en el primer instante, no fue posible advertir en un rincón la presencia del *clochard* que, tendido en el suelo y vuelto de cara a la pared, dormía envuelto en sus descoloridos harapos.

Lo que más llamó mi atención fue el resultado de mi falta de precaución en la oscuridad; es decir, al entrar había rozado con mi pie derecho la nuca del vagabundo dormido. Pero, por fortuna, sólo lo había rozado levemente.

La reacción tardó algún rato en producirse. El Cuerpo informe se volcó primero de bruces; luego, de aquel podrido montón de harapos, surgió una chupada cabeza de tortuga, tan pequeña que sólo mis zapatos llenaban todo su campo visual.

Ya había dado por terminado el incidente cuando, desde el suelo, llegó hasta mí una antipática voz cascada:

—La France aux français!

E inmediatamente el *clochard* reanudó sus ronquidos.

De nuevo salí bajo la lluvia.

CAPITULO 6

Esperando que llegase el autobús o dejara de llover me retiré bajo la columnata del teatro «Sarah Bernhardt».

Daba fin a mi banquete cuando vi pasar apresuradamente bajo las columnas a un caballero que llevaba subido el cuello del abrigo. Me dirigió una mirada fugaz y al pasar ante mí volvió ligeramente la cabeza, pero luego, como si se decidiera bruscamente, dio media vuelta, se dirigió ya concretamente a mí y me dijo en húngaro:

—«Aquel que come en la calle es semejante a un can, y su testimonio no será nunca válido ante la ley.» Así lo proclama el Talmud.

Inmediatamente lo identifiqué: era Tivadar Nyáry, el ex periodista.

Lo conocía muy superficialmente, a pesar de haberlo tratado algo en Budapest; sin embargo, hacía ya algunos años que no había vuelto a verlo, pero no ignoraba su triste sino. Con mucho talento y una exuberante fantasía había empezado su carrera de cuentista, pero no tardó en caer víctima de la «noche». Muy pronto comenzaron sus exigencias de la vida: se le desarrolló la imperdonable pasión de cenar caliente, de cambiarse a menudo de camisa, y de experimentar un vivo interés por la polícroma variedad de las cupletistas delgadas y de las corbatas de seda italianas, cosas ésas que en nuestra patria magyar están lejos de poder ser disfrutadas por un escritor. La única excepción la formaba aquel puñado de autores teatrales cuyo talento de organización quedaba debidamente demostrado, entre otras cosas, por su auténtico carácter internacional.

Nyáry había iniciado su carrera de periodista en la redacción de un semanario dedicado a las finanzas, del que, desde luego, sólo llegó a

publicarse el primer número, aunque, si bien es verdad, tuvo que abandonarlo a consecuencia de su carácter violento.

Durante los últimos meses de permanencia en Hungría corrió el rumor de que se defendía jugando a la baraja y haciendo trampas. Luego desapareció de Budapest.

Y ahora, en aquellos momentos, lo tenía ante mí, con su ajado abrigo, sonriéndome con mucha amabilidad.

—Sacúdase un pitillo, hombre — me dijo.

—¿Cómo dice usted? — pregunté, evadiéndome rápidamente de la asociación de ideas que había suscitado en mi mente la aparición de Nyáry, y al propio tiempo con un extraño temor: ¿Era posible que en tan poco tiempo hubiese dejado de comprender mi idioma materno?

—Deme un cigarrillo, si es que le queda alguno.

Sin contestar le ofrecí mi pitillera de plata. Antes de elegir el cigarrillo palpó como un entendido las apretadas filas, pero en el momento de encender el que había escogido, murmuró diciendo:

—Memphis!

Nyáry comenzó a chupar contento y silenciosamente aquel regalo casi olvidado para él, y advertíase de qué modo se preguntaba si debía tratarme de usted o si era preferible tutearme.

—Sí, *Memphis* — le dije sombrío, sin aportar la menor ayuda a la solución del grave problema moral en que se estaba debatiendo. Pero Nyáry era un hombre sumamente práctico. Inmediatamente renunció a malgastar el tiempo y me atacó del modo más directo:

—¿Cuándo ha llegado usted?

—Esta tarde,

—¿Directamente de Budapest?

—Directamente.

—¿Vía Alemania?

—Sí.

—¿Ha visto, ha observado algo por el camino?

—Sí, a Hitler.

— ¡No me diga! Es muy interesante lo que usted me dice. ¿Dónde le vio? ¿Se apeó del tren en algún sitio?

—No, en ninguno. Le vi durante el trayecto: en los pasajeros, en los empleados de ferrocarriles, en las chimeneas de las fábricas. Hitler no es hoy solamente un símbolo, sino toda Alemania.

—Y esto, ¿lo ha descubierto usted mismo con su propio esfuerzo?

—Amigo mío, si tiene usted ganas de diversión vaya a la redacción de *L'Action Française.*

—Perdóneme, creo que no me ha comprendido.

—No me dé explicaciones, por favor.

—Deseo hacerlo... ¿Puedo continuar preguntando?

—Puede.

—¿Creen en una próxima guerra?

—¿Quiénes?

—Los alemanes.

—Según mis impresiones, sí. Su más profunda convicción es que el armamento que todavía pudiera faltarles, les será entregado personalmente por Mr. Chamberlain, según las reglas más elementales de la «tradicional política del equilibrio europeo», seguida por Inglaterra.

—Me parece increíble y creo que exagera usted.

—Crea cuanto guste. Me alegro de que esto pueda tranquilizarlo.

—Y usted, ¿por qué se marchó? ¿Le molestaron en Hungría?

—No. O, si quiere usted, todavía no.

—¿Es usted judío?

—No lo sé. Hace muchos años que no he tenido en mis manos mi partida de nacimiento.

—Magnífico. Acaba usted de apuntarse un buen tanto.

—Muy reconocido.

—Me interesaría su opinión personal: ¿Cree usted
en la guerra; es decir, en la inminencia de la guerra?

—No.

—¿No?

—No.

—¿Por qué?

—Quizá... Bueno, quizá porque..., porque, como usted sabe, tengo la profesión de crítico musical.

—Ya lo sé. Pero ignoro qué tiene que ver con ello.

—Es clarísimo. La música y las matemáticas, como sin duda ya lo habrá usted notado, son disciplinas muy afines, o si quiere, especialidades íntimamente emparentadas. La guerra, como es sobradamente conocido, no depende de los factores sentimentales, sino del resultado de unos intrincadísimos cálculos matemáticos. El semidiós de *Herr* Hitler y del público alemán semiinculto es Wagner y sus sonoros trombones, compositor eternamente sospechoso. En cambio, el Estado Mayor alemán sólo jura, hoy día y como le será fácil convencerse, de que sigue siendo Bach el único músico que ha vivido y calculado todo con una exactitud pedante. ¿Me comprende usted?

—Lo comprendo perfectamente.

—El Estado Mayor alemán no representa ni podrá representar el punto de vista del Führer, o si quiere usted, la mayoría del pueblo alemán. Y menos aún a los pocos años de una guerra perdida.

—Si no tuviera en cuenta que usted es propietario de mi pitillera de plata maciza, le diría a la cara que está usted loco; incluso le tutearía a partir de este momento.

—Estoy a su disposición, caballero.

—¿De dónde ha sacado usted todo eso?

—Se lo diré si es su deseo.

—Amigo mío, hable usted en vez de excitarme.

—No leo nunca los periódicos o, para ser más exacto, no leo nunca nada que se refiera a política internacional.

—Sus réplicas me parecen llenas de giros inesperados, como las obras de un autor de vodevil de fin de siglo. Sin embargo, para el interlocutor, nada queda claro. Si ha depositado usted tanta confianza en Juan Sebastián Bach como el Estado Mayor prusiano la ha puesto en su propio juicio, ¿por qué demonios dejó usted Hungría y su segura colocación?

—Puedo decírselo sin dificultad. Hace exactamente una semana fui llamado al Ministerio de Instrucción Pública de Budapest. Subí las escaleras con un inexplicable presentimiento negativo, haciéndome anunciar al nuevo subsecretario de Estado, recién nombrado entonces. A las pocas horas pude comparecer ante su augusta presencia. Un ujier, cargado de pasamanería en oro, me acompañó con marciales pasos ante el escritorio de aquel potentado. La superficie de la mesa podría medir perfectamente sus seis metros

cuadrados. El rubicundo secretario de Asuntos Musicales se levantó para saludarme campechanamente. Me puso en la mano dos pares de salchichas que goteaban grasa, en el momento de su presentación: Von Lobenzoller. Me invitó luego a que me sentara y, sin pérdida de tiempo, comenzó a halagarme. Me explicó que era un antiguo admirador mío y que había despertado su interés con varios ensayos y artículos críticos debidos a mi pluma. Tartamudeaba un poco al hablar, a veces con un intencionado acento tudesco y a menudo, bajo la mesa, se secaba en los calcetines el sudor de las manos. Por fin llegó a la meta. Me manifestó que tampoco él era un don Nadie y que no debía al azar un cargo tan importante y lleno de responsabilidad, sino a algo completamente distinto. Me reveló que acababa de iniciar una acción dinámica, de gran importancia, cuyo éxito había de resolver, ya que no cabía dudar del éxito, todos los problemas de nuestra vida musical, sumergida ahora en un charco, tanto desde el punto de vista de su contenido como de su aspecto general. Saltando rápidamente de su asiento, disipó mi escéptica sonrisa. Sus manos se deslizaron por el lado interior de su enorme mesa y con tanta energía que al inclinar hacia adelante su busto, apoyado en sus brazos así extendidos, me pareció que iba a enseñarme algún ejercicio gimnástico sumamente atrevido. Pero no fue así. Aquella hábil postura de su cuerpo fue acompañada de una pausa pródiga en efectos, y sus ojos gris azulados me miraron ligeramente empañados.

—He aquí mi proposición — me dijo —. Ustedes, los rectores de la vida musical de nuestro país, habrían de ayudarme en la redacción de un proyecto de ley que propugnara la supresión de la clave de sol en las notas musicales acostumbradas. Propongo que dicha clave sea sustituida por la bien conocida cruz gamada.

»Durante unos momentos creí que no le había oído bien, o que acababa de perder el juicio. Después de haberme asegurado que entre todos mis compañeros yo había sido el primero a quien había honrado con su confianza, consultó su reloj de pulsera y dio por terminada la audiencia. Balbucí algo semejante al agradecimiento que sentía por su extraordinaria confianza, prometiéndole que antes de contestarle reflexionaría un poco sobre el particular, y ya no recuerdo cómo salí del lujoso edificio del Ministerio.

Al día siguiente obtuve el visado francés, me despedí de la redacción de mi periódico y aquí me tiene usted.

Entretanto, había cesado de llover. Nyáry no hizo ningún comentario a mi relato. En vez de contestarme, extendió su mano derecha hacia el aire libre y con la izquierda me cogió del brazo y, con amable violencia, echó escaleras abajo tirando de mí.

—¿Quiere usted cenar gratis? — me preguntó.

Consiguió sorprenderme con su inesperada forma de formular su invitación. Por este motivo tardé unos instantes en contestarle.

—Ya he cenado — le dije —. De todos modos le agradezco mucho su invitación.

— ¡No diga usted tonterías, amigo mío! Se trata de una cena utilizando manteles y todo, platos calientes y copas frías. Para que no haya lugar a dudas le diré que no soy yo el que invita, sino el intermediario.

—Con mucho gusto. ¿Tiene usted quinientos francos?

«¡Ya salió aquello!», pensé, y dije:

—Sí.

—Tendrá que cambiarlos para poder cenar gratis.

—Ya están cambiados — le contesté —. El Banco Nacional de Hungría me dio ese dinero en billetes de cien.

—No obstante, tendrá usted que cambiarlos,

—¿Cambiarlos? ¿Por qué?

—Por unas fichas

—¿Dónde?

—En el casino. Al entrar.

—¿Qué casino es ese?

—El club de juego. Y, por favor, no haga usted el tonto conmigo. A fin de cuentas viene usted de Budapest.

—Jamás jugué en Hungría en antros de ese tipo.

—Pues en París no tendrá más remedio. Es la única posibilidad de cenar gratis.

—¿Y si pierdo?

—No puede perder porque, en realidad, no va usted a jugar. No debe jugar bajo ningún concepto. Ese es el truco. La cena es únicamente el anzuelo, la mayoría de los clubes de París utilizan este anzuelo para jugar.

—¿Entonces qué voy a hacer con las fichas?

—Al marcharse las cambia por dinero.

—¿No será chocante que vuelva a cambiar la misma cantidad?

—Lo cambiará usted en dos o tres veces. Por lo demás, no es posible vigilar a todo el mundo.

Atravesamos la isla de la Cité, subiendo en silencio por el bulevar *Saint-Michel.* Cada árbol, cada portal, cada café y cada tienda, eran otros tantos viejos amigos. Con una sonrisa los fui saludando a todos.

—¿Ha venido usted frecuentemente aquí?

—Varias veces.

—¿Le gusta la ciudad?

—¿Qué ciudad?

—París.

—¿París? Pero si París no es siquiera una ciudad...

—¿No? ¿Qué es entonces?

—París es París.

— ¡Ya...! En cambio, usted no es ningún crítico,

—Pues, ¿qué?

—En el mejor de los casos, un lírico.

—Desde luego.

Llegamos ante el café «Dupont». A través de las lunas me di cuenta de que todo había sido reformado bajo el signo de las grandes masas en color rojo. Me detuve ante la puerta giratoria.

—¿Puedo invitarle a un café?

—Primero debe usted cenar. Este café no cierra en toda la noche. Luego volveremos.

—Le ruego que me perdone, pero no quiero ir. He venido a París para trabajar y no para cenar.

—¿Trabajar? ¿En qué pretende usted trabajar? ¿Me permite usted la pregunta?

—No lo sé todavía. Me da lo mismo.

—Precisamente por eso no debe usted dejar de acompañarme. Está aquí a un paso, en el bulevar Montparnasse. Déjese de bobadas y acompáñeme.

—Otra vez será.

—Hoy hay entremeses a base de langostinos.

Le tendí la mano sonriendo.

—Me alegro de haberle encontrado. Confío en que volveremos a vernos.

Me estrechó la mano algo entristecido. En mi cerebro empezó a brillar una débil lucecita.

—Dígame... Pero hábleme sinceramente. ¿Le beneficiaría en algo que yo le acompañara?

Me miró atentamente la punta de la nariz y contestó:

—No puedo negarlo; al fin y al cabo, una miseria. El uno por ciento del total.

—¿Del total que yo perdería o del que cambiaría?

—Del que cambiaría.

—¿Por qué no me lo ha dicho usted en seguida? Debió haber empezado por eso.

Y continuamos caminando juntos.